

## **Romanos 7:15-25**

Sermón Romanos 7:15-25 Séptimo domingo después de Pentecostés. Zacarías 9:9-12; Mateo 11:25-30 96, 112, 99.  
Octavo domingo después de Pentecostés Is. 55:10,11; Romanos 8:18-25; Mateo 13:1-9. 286, 255, 300.

“Lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que detesto, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la Ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que está en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que está en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, pues según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? ¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!” (Romanos 7:15–25a)

La semana pasada escuchamos por qué el cristiano no puede seguir viviendo en el pecado, usando como pretexto que “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. Pablo nos recordó que por medio del bautismo hemos muerto al pecado. Que hemos sido unidos a la muerte y la resurrección de Cristo, para que también nosotros llevemos una vida nueva. Todo esto se presenta como ya habiendo ocurrido. Y, sin embargo, Pablo tuvo que exhortarnos: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:11). Tuvo que exhortarnos también: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”. (Rom. 6:12,13). O sea, aunque hemos sido sepultados con Cristo, y resucitaremos también con él, necesitamos ser lo que Cristo nos ha hecho. La exhortación se puede resumir con: Lleguen a ser lo que Cristo les ha hecho.

En este capítulo, Pablo trata de lo que hace la ley. Dice que nos produce la conciencia del pecado, e inclusive que estimula el pecado. “Y yo sin la Ley vivía en un tiempo; pero al venir el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte, porque el pecado, aprovechándose del mandamiento, me engañó, y por él me mató” (v. 9-11). Tal vez eso haría que alguien alegara que entonces la ley es mala. Pero esto tampoco es lo que quiere decir Pablo. Más bien dice: “De manera que la Ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. Entonces, ¿lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? ¡De ninguna manera! Más bien, el pecado, para mostrarse como pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que el pecado, por medio del mandamiento, llegara a ser extremadamente pecaminoso” (v. 12-13). Pablo declara que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Cómo entonces produce en mí el pecado? La clave está en el versículo antes de nuestro texto: “Sabemos que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado” (Romanos 7.14). No es un defecto en la ley, un problema con la ley. El problema está en nosotros, en la corrupción de nuestra naturaleza. “Yo soy carnal, vendido al pecado”, o vendido como un esclavo del pecado.

Al desarrollar este pensamiento en nuestro texto, Pablo señala la división que él siente en sí mismo. Es un cristiano. Es espíritu, nacido del Espíritu (Juan 3:6). Aprueba la ley. No sólo la llama espiritual en el versículo 14, sino declara que “apruebo que la ley es buena”. Inclusive dice que “según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”. Todas estas cosas sólo las puede decir uno que es regenerado, que ha nacido de nuevo en Cristo, que ha recibido el nuevo hombre creado a la imagen de Dios por medio de la conversión. Sin ese nuevo hombre, no hay amor por Dios o su ley. Más bien: “los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden” (Rom. 8:7). “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2.14). Y Pablo mismo se presenta en su estado antes de su conversión no como una persona insatisfecha consigo mismo, sino un hombre orgulloso, intachable en cuanto a lo externo, aventajándose a muchos de sus contemporáneos en cuanto a su vida en el judaísmo. Pero en este capítulo habla de su experiencia con la ley. “Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley; y tampoco conocería la

codicia, si la Ley no dijera: «No codiciarás». Pero el pecado, aprovechándose del mandamiento, produjo en mí toda codicia porque sin la Ley, el pecado está muerto” (v. 7-8). Así es que ese hombre interior, ese verdadero yo de que habla nuestro texto, ese hombre que se deleita en la ley del Señor, es el Pablo regenerado y esos nuevos y buenos deseos son el fruto del nuevo nacimiento en Cristo.

Pero cuando Pablo compara su buen deseo y lo que realmente sucede en su vida, queda pasmado. Por todas sus buenas intenciones, encuentra con demasiada frecuencia que esas buenas intenciones no se ponen en práctica, sino que comete el pecado que no quiere cometer. Quisiera ser sólo nuevo hombre. Pero mientras está en esta vida terrenal, encuentra que la carne, la naturaleza pecaminosa, es demasiado fuerte en él, de modo que dice que “lo que hago, no lo entiendo, pues no hago lo que quiero, sino lo que detesto, eso hago”.

Al mismo tiempo, por muchas veces que ha caído en el pecado, no puede negar que la intención de hacer lo bueno estaba allí. De hecho, identifica este nuevo hombre que se deleita en la ley de Dios y quiere obedecer a Dios como su verdadero yo. “De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que está en mí”. Al explicar con más detalle este pensamiento dice: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien, porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.” Por mucho que se esfuerza por sólo obedecer a Dios y vivir según su buena y santa voluntad como manda en su ley, y por mucho que reconoce que esa voluntad es buena y desea ponerla en acción, encuentra que termina haciendo lo malo tantas veces. No lo quiere hacer, pero lo hace. “El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”.

¿Cómo explica Pablo este triste fenómeno en su vida? Dice: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, pues según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”. La buena intención está allí, pero hay otra fuerza en él, una fuerza que a veces lo domina a pesar de todas sus buenas intenciones y deseos. Es que mientras vivimos en esta tierra, queda en nosotros la naturaleza pecaminosa, la carne, que nos impulsa a todo lo malo. Puede parecer dormida a veces por mucho tiempo, pero luego se manifiesta otra vez. El

viejo Adán, la carne, nunca se convierte, sino sigue siendo el enemigo inveterado de Dios y del nuevo yo cristiano durante toda nuestra vida.

Nuestras Confesiones dicen muy acertadamente: “Puesto que los creyentes, mientras vivan en este mundo, no se hallan completamente renovados, sino que el viejo hombre se adhiere a ellos hasta la sepultura, permanecerá para siempre en ellos la lucha entre el espíritu y la carne. Por lo tanto, se deleitan por cierto en la ley de Dios según el hombre interior, pero la ley en sus miembros lucha contra la ley en su mente; por siguiente, jamás están sin la ley y sin embargo no están bajo la ley, sino dentro de ella y viven y andan en la ley del Señor y no obstante nada hacen por compulsión de la ley. En cambio, el viejo Adán, que aún se adhiere a ellos, debe ser instigado no sólo con la ley, sino también con castigos; sin embargo, hace todo en contra de su voluntad y bajo coerción, de la misma manera como los impíos son instigados y reprimidos por las amenazas de la ley” (F.C. S.D. VI, 18,19).

¿Pero qué actitud tomará el cristiano frente a este conflicto, y el hecho de que repetidas veces se ve vencido por el pecado que está en él? ¿Se conformará con esa situación? ¿Dirá que “así soy, así es que no me voy a preocupar”? Todo lo contrario. Pablo mismo expresa lo que será la actitud de todo el que es cristiano, que realmente se deleita en la ley de Dios según el hombre interior, la nueva naturaleza, que Pablo ha definido como el verdadero yo del cristiano. “¡Miserable de mí!” declara. “¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?” Verdaderamente le apena cada vez que el pecado lo ha dominado. Aunque repetidamente se ha caído, lo que anhela sobre todo es el día en que sea completamente librado de los impulsos del pecado. Sabe que en su fuerza y esfuerzo no hay realmente liberación de este conflicto. Y eso lo hace miserable. ¿Cómo podría no hacerlo, si realmente se deleita en la ley de Dios según el hombre interior?

¿Qué tal nosotros? ¿No tenemos que confesar que muchas veces, aunque no lo hemos querido, hemos herido gravemente a los que más queremos? ¿No hemos dejado que la influencia de la familia o las amistades nos lleven a una conducta que no es lo que queremos y que es contra la voluntad de Dios? ¿No terminamos perdiendo la paciencia cuando alguien nos maltrata y enojándonos, hasta con pensamientos de venganza contra el que nos ha ofendido? Todo eso es resultado de la fuerza de la

carne que todavía está en nosotros. Cada una de estas cosas trae suficiente culpa que debería condenarnos eternamente.

Tal vez en este punto esperaríamos un consejo de desesperación, darse por vencido ya que no podemos conquistar la carne en nosotros de todos modos. Pero no es lo que expresa Pablo. Más bien, triunfa la fe, y clama: “¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!” Con él resucitaremos, escuchamos la semana pasada. Cuando termina esta vida de lucha en que hay algunas victorias y muchas derrotas, terminamos de una vez para siempre con el pecado. Entonces realmente seremos como Cristo, porque lo veremos tal como él es. Ya seremos libres para siempre de esta lucha, y el nuevo hombre, la nueva naturaleza, será plenamente revelada como el verdadero yo. Sabemos que la victoria no está en la perfección de la vida santificada que llevamos como cristianos. Somos muy imperfectos, como se nos revela cada día. Nuestra esperanza más bien está en la perfecta vida de Cristo que él llevó como nuestro Sustituto. Y que él pagó también por todos esos pecados en que nos caemos tan frecuentemente en este mundo. Y así, viendo el triunfo final, y confiando en la victoria de Cristo sobre nuestro pecado y culpa y condenación, recibimos también la fuerza para volvernos a levantar cada vez que hayamos sido derrotados por la carne para seguir la lucha contra la carne. Siendo unidos a Cristo, y confiando en él, también nosotros podemos gritar con alegría: “¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!”.

Amén.